

Homilía en la Santa Misa *in coena Domini*
S. I. Catedral de El Burgo de Osma (Soria) – 21 de abril de 2011

Muy queridos hermanos:

Estamos reunidos en esta tarde para celebrar la Santa misa *en la Cena del Señor*, memorial de aquella última Cena de Jesús con sus discípulos, la Cena de la Pascua, la Cena del “adiós”. Esta celebración nos adentra en el Triduo Pascual pues se trata de la memorable Cena que proyecta su Misterio hasta el Monte Calvario de mañana y hasta la Resurrección del Día de Pascua, así como hasta la vida de la Iglesia a través de todos los tiempos hasta que Él vuelva.

El Jueves Santo se inscribe no en el pasado de aquel año en el que Jesús murió sino en la perenne presencia de un Misterio, el Misterio de Cristo Eucaristía que da sentido a nuestra vida. En efecto, en esta tarde hemos sido convocados para repetir aquel gesto que Jesús hizo al comienzo de aquella última y memorable Cena con sus discípulos: el lavatorio de los pies, que el mismo Jesús comentará con estas palabras: “*Vosotros me llamáis el Maestro y el Señor, y decís bien porque lo soy. Pues si yo el maestro y el Señor os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros. Os he dado ejemplo para que lo que yo he hecho con vosotros lo hagáis también vosotros*” (Jn 13, 13-15) El gesto, hermanos, no puede ser más elocuente: todo un Dios arrodillado a los pies de unos pobres hombres, de sus discípulos, lava sus pies y los seca con la toalla, para darnos ejemplo y poder decirnos con toda claridad que -en la hora del Banquete eucarístico- Cristo afirma la necesidad de vivir y estar en esa actitud de servicio imitándole a Él pues “*el Hijo del hombre no ha venido para que le sirvan sino para servir y dar su vida en rescate por muchos*” (Mc 10, 45)

En este caer de la tarde estamos convocados, además, hermanos, para hacer memoria viva del mayor de los mandamientos, el mandamiento del amor: “*Nadie tiene mayor amor que quien da la vida por sus amigos*” (Jn15, 13). Jesús lo enunció y lo realizó pues “*habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo los amó hasta el extremo*” (Jn 13,1) Ésta es la actitud que debe brotar en el corazón de quienes reciben a Jesús en la Comunión eucarística: el amor a los hermanos. Por eso dirá Jesús. “*Si cuando vas a presentar tu ofrenda ante el altar, te acuerdas que tienes algo contra tu hermano, deja tu ofrenda y ve a reconciliarte con él; luego ven y ofrece tu ofrenda*” (Mt 5, 23)

Servicio, ejemplo de servicio; amor, amor hasta el final, hasta el extremo. Son los grandes tesoros que hoy el Cristo deposita en nuestras manos y en nuestro corazón. Pero no son los únicos pues el Señor, antes de padecer, en aquel primer Jueves Santo de la Historia, nos entrega otros maravillosos dones:

El primero es el don de **la Eucaristía**, Sacrificio, Acción de gracias, Banquete... Eucaristía quiere decir, propiamente, *acción de gracias*; por eso hemos rezado en el Salmo responsorial: “*¿cómo pagaré al Señor todo el bien que me ha hecho*” (Sal 115, 12) Es por eso que en cada Eucaristía presentamos sobre el altar las ofrendas del pan y vino como incesante acción de gracias por todos los bienes que recibimos de Dios, los bienes de la Creación y de la Redención. Pero el mayor Bien que recibimos en ella es al mismo Señor; en efecto, Cristo no se ha quedado prendido en el pasado sino que se nos ha “infiltrado” en el presente por su Resurrección y es compañía perenne en nuestro camino: “*Yo estaré con vosotros todos los días hasta el fin del mundo*” (Mt 28, 20)

Queridos todos: estamos en esta tarde convocados para revivir este gran acontecimiento: la institución del Sacramento admirable de la Eucaristía, del que la Iglesia vive incesantemente y el que la constituye en su realidad más auténtica y profunda. Abramos, pues, nuestro corazón y participemos con fe en este gran Misterio y aclamemos junto con toda la Iglesia: *“Anunciamos tu Muerte, proclamamos tu Resurrección... ¡ven Señor Jesús!”*

Otro don que Cristo nos deja en este día y que está en función de la Eucaristía y de sus efectos salvadores es **el sacerdocio ordenado**. Aquella noche Jesús constituyó sacerdotes a los Apóstoles y los capacitó para hacer presente el misterio mismo de su Pascua: *“Haced esto en memoria mía”* (Lc 22, 20)

Es el sacerdocio un don, una gracia al servicio de la presencia de Cristo, que sólo en su nombre se puede evocar y actualizar. El sacerdote está plenamente vinculado a la Eucaristía, está a su servicio y debe ser un hombre eucarístico. Él se entrega para ofrecer a Dios y dar el pan de la vida, el perdón y la Palabra a los hombres sus hermanos. Por eso hoy es un día eminentemente sacerdotal. Por eso, hermanos, os pido que oréis por los sacerdotes. Ellos están llamados a hacer presente en su vida a Cristo sacerdote, a entregarse a los hermanos como Él, a vivir entregados totalmente a Cristo y a los hermanos sin reservarse nada para sí mismos.

Ellos han sido expropiados por Cristo, que les ha confiado su misma misión para que la sigan a través de los siglos entre todos los pueblos de la tierra. Una misión tan importante que no es nada fácil de cumplir. Necesitan los sacerdotes, ante todo y sobre todo, de la gracia de Dios pero también de nuestro ánimo y de nuestra valoración. Por eso valoremos a nuestros sacerdotes, valoremos su labor y su misión, cuidemos y colaboremos con ellos, animémoslos y apoyémoslos con nuestro reconocimiento por lo que hacen y por la entrega de sí mismos. Y es que no olvidemos que los grandes tesoros de la salvación, principalmente la gracia de Cristo y su perdón, nos llegan a través de ellos porque así lo ha querido el Señor.

Pidamos hoy, especialmente, por los sacerdotes para que -por encima de las dificultades que puedan encontrar en este mundo que parece no valorar las “cosas” de Dios ni a Dios mismo- ellos sigan fieles a la misión recibida y lleven con valentía y esperanza el mensaje salvador de Cristo a las mismas entrañas del mundo moderno.

Finalmente, un tercer don que Cristo nos da en esta tarde y en esta Eucaristía, como ya os indicaba anteriormente, es **el mandamiento nuevo del amor**: *“un mandamiento nuevo os doy: que os améis los unos a los otros como yo os he amado”* (Jn 13, 34) Éste es el *santo y seña* de sus seguidores; éste es el estilo peculiar por el que conocerán los demás que somos discípulos suyos.

Un mandamiento nuevo que hemos de saber traducirlo en actitudes nuevas de servicio a los demás, imitando su ejemplo (*“Lavaos los pies unos a otros”*); de perdón (*“hasta setenta veces siete”*); de entrega por los demás como Él, hasta dar la vida por los otros, porque *“nadie tiene mayor amor que quien da la vida por sus amigos”*. Se trata, fundamentalmente, de saber estar del lado y preocupados por los pobres y los necesitados que viven junto a nosotros.

Ayer, en la Santa Misa Crismal, les agradecía a los sacerdotes su generosidad en la respuesta a la llamada que les hice el año pasado para ofrecer a Cáritas diocesana el 50% de la paga extraordinaria de verano como prueba de que no sólo pedíamos a los demás que fueran generosos sino que nosotros mismos lo teníamos que ser. Los sacerdotes entregaron en 2010 a Cáritas para atender las necesidades de las familias en paro u otras tantísimas necesidades una cantidad tan importante como 35230€.

Hoy celebramos el día de la caridad. Seamos también nosotros generosos, si bien no sólo hoy sino en todo momento; compartamos con los que necesitan de nuestra ayuda porque en esto conocerán los demás que somos discípulos de Cristo y de esta asignatura del compartir, lo sabemos bien, se nos examinará precisamente el día que nos presentemos ante el Padre del Cielo. No olvidemos nunca que en la mano del hermano necesitado nos encontramos con la mano de Dios pues en el hermano necesitado está Cristo que padece hambre, que sufre soledad, etc. (cfr. Mt 25)

Mis queridos hermanos: adoremos hoy, con todo nuestro ser, al Amor de los amores que por amor se entrega por nosotros para que nosotros lleguemos a ser verdaderos hijos de Dios. Acerquémonos llenos de respeto y de veneración, de gratitud y amor, y postrémonos ante el Hijo de Dios, el Maestro y el Señor, presente en la Eucaristía y que se entrega a la muerte por nosotros. Y, finalmente, actualicemos en nuestra vida el mandamiento del amor sabiendo preocuparnos de cuantos en estos momentos, a nuestro alrededor, lo están pasando mal. Ojala siempre nos sintamos llamados a ofrecer nuestro servicio, nuestra ayuda y nuestro amor a todos los que nos puedan necesitar: los pobres, los que no tienen trabajo, los enfermos, los desheredados de la tierra, etc. En ellos el mismo Cristo espera nuestro consuelo y entrega sin medida.

¡Alabado sea Jesucristo en el Santísimo Sacramento del altar! Amén.